

rias con la mujer que personificaba el Imperio y lo mantenía como una canéfora sobre su frente. Hablaron mucho el senador y el príncipe sobre tema tan socorrido como el dique allá en las aguas del Fucino; pero no decidieron en el fondo cosa ninguna, ni á partido alguno se inclinaron, connaturalizados con que hablase Agripina, quien realmente, de antiguo, ejercía sobre las inteligencias de uno y otro el ministerio de oráculo y sobre sus voluntades el oficio de motor. En efecto, así que Agripina se presentó, la interrogaron curiosísimos con la vista y abrieron los oídos para no perder ni uno de sus gestos ni una de sus palabras. Agripina, libre ya del fingimiento á que la sujetara su conversación forzosa con Claudio, entró en la cámara, donde recobraba su libertad, ligera como una tigre y rugiente como una leona, relampagueando iras en que tronaban todos los odios juntos y despidiendo resuellos en que parecían mezclarse maullidos con sollozos. Así, después de haber dado por la estancia dos ó tres vueltas, meneando la cabeza y abriendo las narices, como una hiena caída en hoyo profundo que husmeara y buscara la necesaria fuga, derribóse de un golpe sobre amplios y altos cojines, cubriéndose de nuevo la faz con sus manos para no ver el abismo adonde la empujaban su ambición y su codicia. No hay para qué decir cómo ninguno de aquellos dos personajes que la esperaban se atrevió á decirle una palabra, en la seguridad que tenían de ser cada cual un poco de viento en aquellos huracanes de tantas pasiones y un poco de difuso éter en aquel cruentísimo cometa. Por fin, Agripina rompió el silencio y dijo con amargura:

— ¿Lo hubierais creído?

— ¿Qué? — preguntaron uno y otro.

— ¿Hubierais creído la infamia de Claudio?

— No — dijo de prisa Nerón.

— ¡Cálmate, cálmate! — añadió Vitelio, más acostumbrado que Nerón al ejercicio peligroso de dirigir observaciones y dar consejos á la omnipotente Agripina.

— ¿Todavía te parezco poco serena? En verdad, Vitelio, debo decirte que si llevo á oír la sugestión de mi naturaleza íntima y á dejarme llevar del ímpetu de mi voluntad ciega, despedazo al emperador, al siervo, al príncipe, á todo el mundo, con la en-

cendida furia de una Medea pisada y herida en sus más caras pasiones.

— Yo te digo también lo que Vitelio — se atrevió á decir Nerón, — yo te ruego la debida calma.

— Al aconsejármela uno y otro me demuestra que no echasteis de ver bien todo cuanto allí pasaba y que no supisteis haceros cargo de la terrible afrenta infligida en raptó de cólera terrible por el deslenguado liberto á su sacratísima persona.

— Ya nos hicimos cargo — dijo Vitelio.

— ¡Y tanto! — añadió Nerón.

— No, no, porque de haberos hecho cargo, de haber medido la enormidad del desacato, de haber estado en mí, como debierais, ¡oh!, cegarais cual cegué yo de cólera y rabia.

— Considera bien, Agripina, considera bien como debiste dominarte, y que al estar dominada por ti misma, cumpliste con el más rudimentario de tus deberes y realizaste una obra de verdadera prudencia.

— Me reprimí en aquel momento para dejar más tarde todo su vuelo á mi temeridad.

— Sea en buenhora — dijo Vitelio. — Así ahora le abrirás las alas; en el roto lago las replegaste con suma voluntad.

— En buenhora — repitió Nerón, como si fuera eco amortiguadísimo de Vitelio.

— ¿Y qué has pensado? — preguntó á la emperatriz Vitelio.

— Una cosa muy grave — respondió ésta.

— Dila — exclamó Nerón.

— Dejádme recapacitar un poco.

— Recapacita cuanto te plazca.

— No cuanto me plazca, un poco, un poco; pues quien da primero da dos veces, y no consentiré de ninguna manera que nadie se nos adelante ahora y nos aventaje nadie.

— Di, pues — murmuró Nerón.

— Digo que Narciso no se insolentara como se insolentó, no procediera como procedió, no dijera lo que dijo, si, confidente y ministro y privado de Claudio, no hubiera descubierto en éste la resolución firme de perdernos. Repítese la historia de Mesalina. El redomado siervo se ofrece con peligro de su vida y de su honor al

triste papel de libertar al marido de la carga de su esposa. Y antes de que la tempestad se acerque á mi horizonte y el rayo amenace mi cabeza, relampagueó iras en aquellas palabras audaces que cayeron sobre mi corazón. Vitelio, estás condenado á muerte; Nerón, estás condenado á muerte; como yo, Agripina, también estoy á muerte condenada. En consecuencia, no hay más remedio que matar á quien ha resuelto matarnos, y matar pronto, y matar con certero golpe, y matar sin detenerse ante ningún obstáculo, sin experimentar ningún remordimiento, con la frialdad glacial del destino, con la fuerza mecánica del fenómeno natural, sin estremecernos, sin avergonzarnos, sin decirnos á nosotros mismos una palabra de reconvención, cortando el hilo de las vidas que nos molestan, cual pudiese cortarlo cualquiera Parca en su oficio con sus afiladas tijeras, movidas en los abismos cubiertos por un silencio eterno.

— Pero — dijo Vitelio, mirando á un lado y otro, temerosísimo de que pudieran atisbar y sorprender el pensamiento de Agripina, que, madurado y no cumplido, podía conducir á la muerte, mientras cumplido con felicidad conducía de seguro al Imperio, — pero dime si has tomado todas las necesarias precauciones para evitar el ser descubierta y has reunido todos los instrumentos necesarios á la consumación del hecho apercebido, pues un marro pudiera perderte y contigo perdernos á todos.

— No me falta ningún requisito de los indispensables á la consecución de fines como el que nos proponemos y buscamos. He tendido en torno de Claudio una tela de araña, que no podrá romper aunque quiera. Yo sé dónde se hallan todos los medios de combate y exterminio en la Ciudad Eterna. Yo he bajado desde sus cumbres á sus cloacas. Yo he recorrido desde las salas de las sesiones de su Senado hasta las mancebías de sus innumerables prostituciones, si no en persona, en la persona de mis gentes y de mis esbirros.

— Cierto — murmuró Nerón, asombrado de la grande diligencia con que su madre mandaba en Roma y del don aquel de ubicuidad que le permitía estar á un mismo tiempo en todas partes.

— No hay para qué maravillarse de cuanto Agripina dice, pues nada le está en Roma cerrado á quien ejerce un cargo como el cargo de emperador, y aquí Claudio no fué nunca más que un dueño

nominal de la ciudad; el dueño efectivo fué siempre tu madre, ¡oh Nerón!

— Te diré, Vitelio; de no serlo yo, fuéranlo en verdad los libertos — dijo Agripina. — En el espacio que medió entre la viudez de Claudio y su casamiento conmigo, Roma estuvo á merced y arbitrio de los siervos. El emperador, dado únicamente al ejercicio de retórico y al ejercicio de abogado, gustando tanto de administrar justicia, que á veces imbécilmente se hacía juez y parte y defensor en una misma causa, dejaba el gobierno á su familia de siervos, y en la ergástula eran generados y nacidos los señores del mundo, amos y dueños del señor absoluto de la tierra. Cuando salí de mi boda emperatriz, encontréme con todos los poderes públicos y todos los cargos antiguos en tales manos, y tuve que arrogármelos, y me los arrogué, no para distribuirlos entre mis gentes, para ejercerlos yo sola, enteramente sola. Bien lo sabe Vitelio.

— Y entre los cargos que te arrogaste, ninguno tan importante como el cargo de censor, por el cual estás á un mismo tiempo en todas partes y conoces la Ciudad Eterna en sus más profundos repliegues.

— Comparábanse — dijo Agripina — á los generales en el campo los censores en la ciudad. Aquéllos mantenían la disciplina en los ejércitos, y mantenían éstos la disciplina en los hábitos y en las costumbres. El grandioso edificio de la gloria romana, que frisa con el cielo, puede venirse á tierra no descansando en las amplias bases de una rigurosa moralidad pública y privada. Pues el ministerio de ocurrir y proveer á ella corresponde por antiguo derecho al censor. El hogar con el Estado se confundían entre nosotros siempre, y por ende, la moral con el derecho. Si hay un pródigo derrochador de su fortuna, un celibatario que habiendo recibido vida de otros la guarda sin transmitirla á nadie, un mal casado, un pendenciero, un conspirador contra las honras ajenas, un patricio demasiado ligero, un borracho, un epicúreo entre tantas gentes, el censor le castiga con severidad, tomando el vicio naturaleza y categoría de verdadero crimen. El censor Postumio constriñó á dos celibatarios célebres para que llevasen al tesoro público los ahorros allegados por su particular egoísmo. El censor Valerio Máximo borró á un patricio de las listas senatoriales por

haber repudiado á su esposa, y Catón á otro patricio por haber señalado la ejecución de un reo á la hora designada por su querida. La censura castigó á Rufino por su lujo asiático, á Durario por su irreverente lenguaje, á varios caballeros por su pereza en un sitio, á Metelo por no haber cumplido juramentos prestados, á muchos otros por actos más bien contrarios á las leyes morales que á las leyes positivas.

— Y aunque tú ejerzas ese cargo por delegación y tras el nombre de tu marido — dijo Vitelio, — él emperador y tú emperatriz, en la República sucedió lo mismo; en la República fué censor Sempronio, el padre de los Gracos, pero se ejerció aquel alto cargo por su mujer Cornelia, quien llegó á ser así real gobernadora de los romanos y á convertirse por tanto en alma del partido plebeyo, como te has convertido tú, Agripina, en alma del Imperio cesáreo.

— Y que lo sea por toda una eternidad — añadió Nerón, bajando con reverencia la cabeza ante su madre, como pudiera bajarla un sacerdote ante la presencia y la vista de todo un Dios.

— Pues bien — continuó diciendo Agripina: — cuando me arrogué la censura, conocí cosas preciosísimas.

— ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.

— Entre varias cosas, alcancé á entender que se contaba como medio de gobierno el veneno y como ministros de la justicia imperial ¡ah! los envenenadores.

— Aprende, Nerón, aprende á reinar — dijo el senador volviéndose al príncipe. — No pierdas estas lecciones, pues que habrán de aprovecharte mucho en lo porvenir. Por esta idea de que precisa tener como medio de gobierno el veneno y por los muchos envenenadores entre nosotros existentes, explícense las muchas muertes misteriosas y súbitas con que tropezáis á cada paso en los anales de Roma, y la desaparición de tantas gentes que parecen idas de nosotros en alas de alguna nube y tragadas por algún bostezo de la tierra.

— Aprendo — dijo Nerón, — aprendo en esa tristísima experiencia.

— Lo más extraordinario del caso es que no hay en Roma envenenadores únicamente; hay envenenadoras también, sobre todo una que todavía existe, poderosa entre nosotros, aunque oculta.

— Cuéntame todo eso, que me interesará mucho — dijo Nerón á su madre.

— ¡Vaya si puede interesarte! — añadió Vitelio.

— Hubo un día en que quiso Claudio limpiar á Roma de magos y hechiceros y brujos — dijo Agripina.

— Cosa tan difícil — añadió Vitelio — como limpiar el campo de insectos.

— Decretó, pues, que salieran — dijo Agripina.

— Y con efecto, salieron — dijo Vitelio. — Yo me acuerdo de cuantos vinieron á echarse bajo mi litera, cuando yo paseaba por la vía Apia varias tardes, pidiéndome que intercediera con Claudio y con sus favoritos para que se quedasen.

— Y no se quedaron — dijo Agripina.

— Ya eso es harina de otro costal — dijo Vitelio.

— ¿Cómo? — preguntó Agripina.

— Se fueron los titulados nigrománticos; pero se quedaron los reales y verdaderos, es decir, los que usaban de la quiromancia y astrología en el palacio de los césares.

— ¡Ya lo creo! — dijo Nerón.

— Como que para echarlos á todos sin excepción, fuera preciso echar al emperador, astrólogo por excelencia, del Imperio.

— Es tan exacto lo dicho por ti, Vitelio, que ahora mismo las insanas y manías de Claudio contra nosotros provienen de augurios y presagios múltiples.

— Mucho me han hablado, muchísimo de tales presagios — observó Nerón.

— Como que no se murmura de otra cosa entre los romanos — añadió Vitelio, corroborando la observación del príncipe.

— Dicen para creerse amenazados hijo y padre por mí, Británico y Claudio, dicen á una los dos que ha caído un rayo en el panteón de nuestros mayores, el cual ha desjuntado varias piedras; que se ha cubierto de abejas rabiosas con sus agujones aguzados el Capitolio; que ha nacido extraña trucha con garras de buitre; que se han vuelto de espaldas á los sacerdotes las efigies de los dioses; que se han oído misteriosos rumores en la caverna de Cumas; que han venido al mundo varios niños con tres cabezas; que las águilas de oro se han desprendido del pabellón de las legiones y rodado por tierra.

— ¿Tales cosas dicen? — preguntó Vitelio.

— Tales cosas.

— ¡Vamos, precisa reirse á carcajadas!

— No tanto, Vitelio, no tanto.

— ¡Cómo! ¿Crees tú, Agripina, en esas cosas?

— Te diré.

— Pues de mí sé decirte que pertenezco al sentir de Marco Tulio, quien ¡oh! no acertaba cómo, al verse los augures romanos tras los auspicios y los arúspices, no se reían unos de otros en sus respectivas barbas mutuamente.

— Pues mira, no debes decirle á Nerón tales cosas — dijo Agripina, reconviendo al escéptico senador dulcemente.

— ¿Crees que sirve de algo dar asenso á la mentira?

— Pues ¿no he de creerlo, Vitelio?

— ¡Vaya, vaya! Eso está bien para decirlo entre las gentes, y aquí estamos solos. Detesto la superstición.

— Entonces no eres romano.

— Tiene razón mi madre — añadió Nerón: — en supersticiones y sólo en supersticiones hoy se funda la Ciudad Eterna. Si las arrancas, teme haber desarraigado con ellas las raíces mismas del romano Imperio.

— Paréceme que hiperbolizáis un poco — dijo Vitelio.

— Yo tengo que decirte una cosa — observó Agripina. — No hay en el mundo quien haya dado una prueba tan patente como yo de menospreciar los augurios.

— ¡Ya lo creo! — dijo Vitelio.

— Tú no sabes lo que un agorero me anunció á mí.

— Ya lo sé — dijo Vitelio.

— Voy á decírtelo, Nerón.

— ¿Vas á decírselo? — preguntó Vitelio.

— Pues un agorero me dijo que ganaría el Imperio para ti.

— Estás en vísperas de cumplir la profecía.

— Pero añadió el agorero que, en cuanto yo te diera el Imperio á ti, me darías tú á mí...

— La vida entera — exclamó el príncipe.

— No, la muerte — dijo con muy ronca voz Agripina.

— ¡Madre, madre mía, no creáis tal! Si hubiera yo tenido á mi

alcance tal astrólogo, hiciera lo que hizo nuestro ilustre tío Tiberio con otro que le comunicaba iguales majaderías: lo matara sin piedad. No está unido el fruto á la flor y la flor á la rama y la rama al tronco y el tronco á la raíz y la raíz á la tierra como yo estoy unido á una madre de quien jamás podría separarme, jamás, y menos por un acto de mi voluntad y por una obra de mis manos. Cuando me llevabas en tu seno, madre, de seguro no estaría tan identificado contigo mi ser como ahora lo está. Nutríasme de tu sangre propia entonces, ahora me alimentas de tus ideas; hacíasme un cuerpo entonces, y ahora me haces un alma; dábame la vida, me das ahora tú algo superior á la vida, me das una corona. El más humilde gusanillo no dista de Júpiter como yo disto de ti. La molécula que sacudes de tu manto no es menor ante ti que este hijo de tus entrañas. Dispón, pues, de mi vida; ordena mi desgracia y ruina; haz aquello que te parezca; pues creado este hijo tuyo por tu amor, puedes aniquilarlo, poseyendo, como has de poseer sobre él siempre, por haberle dado la vida, el derecho á darle también la muerte. Todos los hijos deben mucho á sus padres; mas no conozco quien les deba lo que yo te debo, no lo conozco. Así es que, si por acaso pudieras experimentar algún recelo, por arbitrario que fuera, y me creyeses capaz de darte la muerte, después de haberme dado tú á mí la vida, pronto puedes conjurar esas aprensiones, muy pronto; haz una señal y cogeré de mi cinto la espada, sí, aquí está y me la clavaré sin vacilación en las entrañas, completamente seguro de que será de gratitud á ti el postrer latido de este mi joven corazón, así como se fijarán en tus ojos mis ojos al despedir la mirada postrera en su anhelo de recoger tu imagen y pasar con ella, cual paso con mi amor, á la eternidad.

— ¡Te creo, hijo mío! — exclamó Agripina, levantando con sus propias manos al hijo, que se revolcaba en el suelo. — Te creo y no tienes para qué persuadirme á creerte con tus hiperbólicos encarecimientos. En esta hora suprema discuro y arbitro un crimen extraordinario, el cual ha de forjarte una corona eternal. Muchas veces he dado golpes análogos á este que doy ahora, sin decírtelo y noticiártelo. Imposible que ahora me callase. Voy á forzar el destino. Me adelanto al propósito y al pensamiento de los dioses que te quieren emperador, valiéndome de la muerte. Ya verás ese

hombre que ha puesto Roma en la cumbre de su Capitolio como un dios, tendido á mis plantas como un cerdo.

— ¡Gracias, madre mía, gracias! — decía el príncipe besando con efusión las manos de su madre. — Gracias también á los dioses, quienes, sin haberlo yo merecido, ni hecho servicio ninguno en obtención de tamaña merced, quisieron escogermé por obra de su gracia y de su elección para hijo tuyo en sus misteriosos designios.

— Decías antes — añadió Agripina — y decías bien, que te había hecho más favor conservándote la vida en esta Roma de muerte que dándotela; más favor que prestándote por un acto de mi amor el ser, prestándote por cien crímenes el trono. Mira lo que hago por ti. Claudio es marido y padre mío á un mismo tiempo. Queríendome como una hija, me tomó por imposiciones de caprichos míos por mujer. Jurisconsulto y abogado, ministerios preferidos entre sus ocupaciones imperiales, no dudó un punto en quebrantar todas las leyes romanas y todas las tradiciones jurídicas, casándose conmigo, la hija de su hermano. Háblame la razón de Estado empobrecido; él enriqueció mi peculio. Háblanme desterrado de Roma; él me volvió á la patria. En cuanto fui su mujer, hízome la emperatriz del universo, no con honores y distinciones nominales, con un poder efectivo y permanente. Sin embargo, voy á pagarle todos estos beneficios asesinandolo para que tú reines. Por ti voy á cometer el crimen mayor que habrán visto los tiempos. Y no creas, no, en la conseja de que hay criminales muy gustosos del crimen. Han puesto los dioses tanta suma de bien allá en el seno de la naturaleza humana, que no puede cometerse crimen alguno sin sentir, antes de cometerlo, una grande repugnancia; después de cometido, un grande remordimiento. Por ti unicamente, por ti, Nerón, inmolo á Claudio. Si después de tal atrocidad, cometida con plena conciencia y firme deliberación, aún resultas despegado de tu madre y con tu madre ingrato, serás en la historia el monstruo mayor y más desalmado que habrán visto los tiempos.

— ¡Madre mía, te repito que deseches tales pensamientos nefastos, nacidos de una perplejidad no justificada por ninguno de mis actos! El desagradecimiento es imposible de todo punto en mí, dadas las propensiones impuestas por tu sangre y por tu educación á mi naturaleza.

— Nerón, voy á decirte la verdad: te temo por lo mismo que invocas para serenarme; recuerda, y explicarás todas mis sospechas, que eres hijo de Agripina.

— ¡Cuál reconvención! — dijo el príncipe, cubriéndose la cara con sus dos manos, como si á la evocación de tal calidad suya se viese despeñado ya por todos los crímenes y hundido en todos los remordimientos.

— Pero dime — se le ocurrió decir á Vitelio para poner á tan penoso coloquio término, — dime qué clase de muerte has escogido para tu esposo, pues el proponerse matar es cosa prontísima y el matar cosa por todo extremo difícil.

— Escogí el veneno.

— ¡Bien hecho!

— Como sus efectos se conocen de antemano, y el tiempo de la muerte se calcula con exactitud, y puede medirse todo el espacio mediante desde la propinación de las substancias corrosivas al último estertor de la terrible agonía, dígoté con verdad que un veneno me parece la mejor medicina para curar por siempre de sus demencias á Claudio.

— ¿Tomarás todas las necesarias precauciones? — dijo Vitelio.

— No tienes para qué recomendármelas.

— Hablabas antes, Agripina, de la expulsión fulminada por Claudio sobre los astrólogos, y añadías á ese respecto algo particular que se quedó sin decir en las incidencias del diálogo.

— ¡Justamente! Decía cómo, al salir los astrólogos, se quedó la mayor astróloga, quiromántica, envenenadora conocida, se quedó Locusta.

— ¡Locusta! — dijo Nerón estremeciéndose.

— Con razón te estremeces, hijo mío, á este nombre.

— ¡Locusta! ¡Qué horror! — volvió á decir el príncipe.

— Horror muy grande — dijo Agripina.

— ¡Sí! ¡Sí! — balbuceó Vitelio.

— Diríase, al verla, que veías la Musa del sepulcro. Parece una Parca del Averno venida para destruir el mundo. La muerte le ha confiado su segur. De sus diez dedos penden diez hilos que tejen telas de araña, en que va prendiendo, cual pobres moscas, las almas. Todos cuantos zumos pueden matar, tiénelos ella en su

laboratorio de substancias destructoras. Esculapio sana; ella destruye y aniquila. Debieron expulsarla cuando expulsaron á los demás quiromantas y astrólogos. No lo hicieron porque la razón de Estado creyó necesario conservarla como se conservan los esclavos y los verdugos. Mil veces la salud preciosa del Imperio pide que alguien muera por modo misteriosísimo, desapareciendo cual en espesísima nube por manera sobrenatural y extraña. Entonces hay que apelar á Locusta. Guardáronla en los calabozos como se guarda el tigre feroz en las jaulas. Allí está produciendo sus venenos para difundirlos por las venas de quien pueda necesitarlos.

— Y abundo en tu sentido — exclamó Vitelio, — abundo en tu sentido. Creo como tú que Claudio los necesita. Después de todo cuanto aquí ha sucedido, el predominio de Narciso en la voluntad imperial es cosa vista, y el predominio de Narciso, tienes razón, Agripina, la tienes completa, equivale á una sentencia de muerte fulminada sobre nuestras frentes. Vamos á defendernos, y para defendernos consultaremos á la terrible Locusta. Yo te acompaño cual siempre te acompañara en todos los trances más terribles de tu vida, por lo que irá mi nombre junto con tu nombre imperial y egregio en todos los anales de la historia. ¡Vamos resueltos, vamos de prisa, vamos aprovechando esta noche, avanzada ya, vamos á buscar el filtro que ha de matar á Claudio y coronar á Nerón!

— Mira, Vitelio, heme resistido mucho á este acto; pero una larga serie de repetidos hechos me ha demostrado la necesidad imprescindible de arrestarnos á todo y apechugar con el envenenamiento de Claudio. Hace pocos días tornaba el emperador de sus audiencias, donde había condenado con severidad á una mujer adúltera con escándalo. Como no sé quién lo felicitara, díjole: «No puedo con el adulterio. Si me han tocado esposas adúlteras en suerte, ¿qué hacer? Las habré tenido, pero también las habré castigado.»

— ¡En verdad, Agripina, terribles y amenazadoras palabras!

— Pues no paran aquí los augurios á que debemos asirnos para conocer lo resuelto por Claudio allá en los abismos de su alma.

— Continúa, madre, continúa — decía Nerón impaciente por saber todos los motivos determinantes de aquel terrible acto próximo á consumarse.

— Salía, en la víspera de nuestra última excursión, del Palacio, cuando por casualidad tropieza de manos á boca con Británico. Bien sabéis el arte que pongo yo en impedir tales entrevistas. Pero encontráronse por una casualidad irremediable. Verlo y echarse Claudio en brazos de su hijo fué obra de un minuto. Terrible sollozo, semejante al mugido de un buey acosado, partió del pecho de fragua que le conoces; y diluvio de amargas lágrimas cayó de sus ojos en el regazo de su criatura. Y como no acierte á decir cosa exenta de cierto pedanteo, entre los espasmos de dolor deslizó este verso de Homero: «Cerrará la herida el mismo que la hiciera.»

— Tienes razón. Mal síntoma.

— Pues ¿y querer que se ciña Británico la toga viril antes de tiempo?

— Como has hecho eso tú misma conmigo, no debes extrañarlo.

— Por lo mismo que sé la causa de haber hecho yo tal cosa, ni desconozco ni desestimo ni desprecio las razones impulsoras á determinarlo para que proceda, cual procede Claudio, en contra nuestra. Pero si las desconociese ú olvidase, reconocería el móvil por sus labios caído en mis orejas. Yo le oí declarar el propósito.

— ¿Qué dijo? — preguntó Nerón.

— Pues dijo que con eso tendrían los romanos un verdadero César.

— No se puede remitir á más tarde, no, la hora suprema de su muerte. ¡Pronto, pronto, pronto!

— Yo conozco por su manera de proceder instintiva las crisis en que toma cualquiera suprema resolución. Antes no hacía otra cosa que á roso y belloso expedir nombramientos de magistrados. Ahora, en este mes último, así lo mates no designará uno, porque diz haber de todos sus pensamientos y de todos sus propósitos necesidad incontestable para tomar fuerzas y decidir un asunto supremo.

— Así no debes dudar de que ha escrito su testamento.

— No lo dudo.

— ¿Ha designado, en sentir tuyo, como heredero de tanto Imperio á Británico?

— Lo ha designado.

— Pues entonces dispón de mí para tu empresa — dijo Vitelio.